

Mario Carvajal, ha escrito una obra acorde ante todo con la época presente. "Vida y pasión de Jorge Isaacs" —del cual por especial deferencia del autor ofrecimos antes de su aparición algunos capítulos a nuestros lectores—, es un libro de fácil digestión que no se detiene en la crítica literaria de Academia, que a veces por erudita alcanza a ser intolerable, ni que carga la biografía de datos y estadísticas que a nadie importan. Es, si se nos tolera la expresión, un ensayo de peso ligero, por el cual pasa exacto a como fue en la vida verdadera, fragmentario y fugaz, seguido a todas partes por la aureola de su genio, el personaje.

Con admiración desbordante y con el perfecto dominio que de su vida y realizaciones literarias tiene como nadie en el país, Carvajal nos presenta a Jorge Isaacs en sus múltiples aspectos de poeta, novelista, negociante de poca fortuna, camarada perpetuo de estrecheces económicas y antes y primero que todo el más profundo de los escritores americanos.

Cuando la biografía moderna pasó de Europa a América, y contemplamos las primeras producciones que del nuevo género se daban en nuestro continente, no pudimos menos de reconocer que el pasaje del Atlántico, como casi siempre sucede, había sido pagado bien caro. Los modernos biógrafo-novelistas de Indamérica, por el efecto de las leyes naturales de empobrecimiento y degeneración que fundadas en la misma geología rigen casi fatalmente el desarrollo de la cultura, caían siempre en una de dos: el ditirambo o el panfleto. Gracias a la obra de Carvajal, que junta en feliz realización el ensayo crítico y el esquema biográfico, se rescata para las letras americanas un puesto de avanzada en el nuevo sistema literario.

La existencia del judío colombiano que por inclinación invencible de su raza bebía en todas las fuentes y apagaba su sed en los arroyos de todos los caminos ha quedado fijada por medio de Carvajal en trazos indelebles.

"Vida y pasión de Jorge Isaacs" es la mejor contribución de Colombia a la conmemoración del primer centenario del nacimiento del poeta."

Mr. Georges Ripert, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de París, es con su figura respetable de patriarca y su barba gris recortada pulcramente, el más autorizado representante del genio de su raza. La contemplación de su retrato trae a la mente por involuntaria asociación de ideas la máxima de Schiller: "Es el espíritu lo que determina el cuerpo".

Ripert, encarna antes que ningún otro la idea más perfecta de orden. De sus libros, de sus conferencias, de sus artículos se desprende como por sí sola una sensación desconcertante de ordenada evolución, de equilibrio, de segura confianza. Su sola existencia autorizaría lo que Maurice Bedel en reciente conferencia leída en París, que en otro lugar de esta revista se publica, ha llamado con justicia de términos el "orden francés", que va desde la simetría de una parcela campesina en Bretaña, hasta las esculturas de Rodin.

Ahora el ilustre profesor francés ha tenido para la Revista y para la modesta obra en ella desarrollada, frases del más cañuroso elogio, del más férvido apoyo. En carta que dirige desde París a su discípulo Eduardo Zuleta Angel, Colegial y Catedrático en la facultad de jurisprudencia de este Colegio Mayor, le dice entre otras cosas que gracias a él —Zuleta— y a la Revista serán posibles la difusión y el implantamiento en la parte norte de Suramérica de las nuevas concepciones que, con apostólico entusiasmo, desde su cátedra de La Sorbona ha propagado para la adopción en el mundo de un criterio verdaderamente científico en el estudio y en la enseñanza de las Instituciones jurídicas antes desfiguradas por la exégesis estéril de textos legales y la yuxtaposición maliciosa de expedientes curialescos.

La voz de Mr. Ripert, tiene para nosotros un especial significado, que sabemos hondamente agradecer.

El 22 de abril, ante un jurado de lujosa competencia, presentó tesis EL GRADO DE EFRAIM CABALLERO y obtuvo su grado de doctor en jurisprudencia, en esta facultad del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Efraim Caballero.

Efraim Caballero, que entre todos los que fuimos sus compañeros, sobresalió siempre por su gran capacidad de estudio y por su rápida y consciente asimilación de las modernas teorías nacidas para el derecho latino gracias a los expositores de la escuela científica de Francia, escogió como tema de su tesis, que

luégo desarrolló con técnica pasmosa, el muy complejo del error en el derecho civil moderno.

No es la tesis de Efraim Caballero el estudio anodino, que con el grado a quince días, en medio de inquietudes y de afanes, lleva a cabo el estudiante mediocre. Es ella, aparte de fundamentada y personal, fruto de meditación y de labor trabajosa, sazonada con lecturas bien aprovechadas.

En esta época, cuando todo el derecho, según la expresión afortunada de Geny, "no está encerrado en la legalidad" y cuando, —como anota Josserand—, "al rededor de la regla formal, en torno del derecho escrito, hierve y vive todo un mundo de principios directivos", para escribir y opinar sobre temas jurídicos no es suficiente el solo trato diario de los códigos, sino que también se necesita el dominio de los principios generales. De acuerdo con estas normas, es como Caballero ha escrito su tesis haciendo suya la norma de Ripert: "un jurista, no sólo debe ser el técnico hábil que redacta y explica con todos los recursos de la inteligencia los textos legales, sino que debe además esforzarse por llevar al derecho su ideal moral y emplear la inteligencia que Dios le ha dado en luchar por el triunfo de sus creencias".

